

# PiNOCHO

AÑO VI  
NUM. 288

25 cts

24 AGOSTO  
1930



- ¿SABES CUALES CANTO MAS ARGENTINO?
- NO.....!
- EL CANTO..... DE UN DURO!

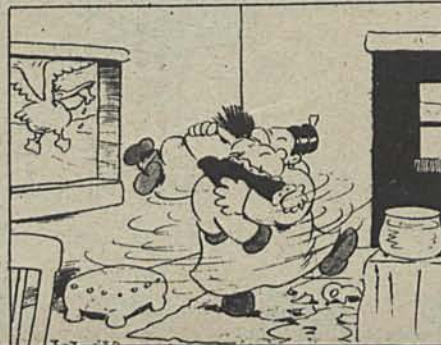


# PINOCHO

SEMANARIO INFANTIL QUE PUBLICA LOS DOMINGOS LA EDITORIAL «SATURNINO CALLEJA» S.A.-ADMINISTRACIÓN, CIERRE Y TALLERES: S. SEBASTIÁN.-ADMINISTRACIÓN, CORRESPONDENCIA Y SUSCRIPCIONES: MADRID, CALLE DE VALENCIA 28, APARTADO 447.-SUSCRICIÓN: ESPAÑA Y AMÉRICA, AÑO 13 PTS. OTROS PAÍSES AÑO 23 PTS.



## La Tormenta y el Ciclón o Hazañas de Tin y Tón







(Continuación)

Son bestias que nadie desea encontrar en su camino, y tienen más

de dos metros de estatura y pelo negro y suave como el raso.

Dotados de una fuerza muscular extraordinaria, abrazan al cazador que cae en su poder, y le aprietan las costillas y la espina dorsal, ahogándole sin esfuerzo alguno. Tienen, además, dientes formidables y uñas con las cuales desgarran las carnes, produciendo espantosas heridas, incurables casi siempre.

El hombre que había sido atacado en medio de aquellas matas se defendía desesperadamente con un machete, dando golpes en todas direcciones.

Su gigantesco adversario, de pie sobre sus enormes patas, trataba de aferrarle, encontrándose, por lo tanto, aquel hombre en inminente peligro.

Una caída, y estaba perdido irremisiblemente.

El *indian-agent* y los dos cazadores habían lanzado cada uno un fuerte grito para llamar sobre sí la atención del oso.

El *baribal* estaba tan encarnizado contra su adversario y consideraba tan segura su victoria, que no se dio cuenta de la presencia de los jinetes.

Al oír aquellos gritos volvió, no obstante, su pesada cabeza, y les dirigió una feroz mirada, apretando los dientes.

Con una agilidad que no hubiera podido suponerse en aquel cuerpo relleno de grasa, salvó la orilla del torrente, y se dirigió con increíble audacia hacia sus nuevos adversarios, dando gritos de rabia.

Desde luego puso toda su atención en el caballo del *indian-agent*, porque contra él dirigió su primer asalto.

No era John hombre que se dejara sorprender fácilmente ni que sacrificara a su caballo, demasiado precioso en la pradera.

Apuntó, pues, con su rifle, y lo descargó en las fauces abiertas del oso, haciéndole tragar a un mismo tiempo el taco, la bala, la llama y el humo.

El animal, con las mandíbulas rotas y la boca llena de sangre, permaneció un momento quieto y eso fué su perdición, pues los dos cazadores hicieron fuego sobre él.

Las dos detonaciones fueron seguidas de un espantoso gruñido, que apagó por un instante el ruido del torrente; el *baribal*, manteniéndose derecho sobre las patas, dió algunos pasos, agitando su enorme cabeza, hasta que al fin cayó al suelo y quedó muerto, vomitando sangre en gran cantidad.

—¡Está muerto!—gritó Harris, que era el que se encontraba más cerca—. ¡Nunca he visto un animal tan feroz como éste, y he matado muchos!

—¡A tierra!—ordenó John.

Dejarón los caballos y se dirigieron hacia el torrente, del cual ya salía el desconocido que por poco sirve de merienda al oso.

Como ya hemos dicho, era un hombre alto, delgado, ni viejo ni joven, aunque su frente estuviera surcada ya por algunas arrugas, y parecía dotado de una fuerza poco común.

Hubiera sido muy difícil decir a qué raza pertenecía, aunque iba vestido con el pintoresco traje de los *gambusinos* mejicanos, o sea de los buscadores de oro, que se pasan la existencia buscando minas que nadie explota después.

En la cabeza llevaba el ancho sombrero de castor, con cintas flotantes; vestía la casaca de



algodón azul, sujeta con un cinturón de piel, bordado con hilos de colores; su pantalón era de piel no curtida, y llevaba, además, para defenderse de las espinas, los *mocksens* indios, o sea una especie de botines.

Se hubiera dicho que pertenecía a la raza india más bien que a la mestiza, pues su piel era oscura y con marcado tinte rojizo; sus cabellos, largos, negrísimos y crespos; su nariz, aguileña, y sus ojos algo oblicuos, como los de la raza mongólica.

Había conservado, sin embargo, un resto de barba muy clara, y no ostentaba ciertas señales propias de los *pieles rojas*.

—¡Buenos días, señores!—dijo, saliendo rápidamente a la orilla, con el machete en la mano y chorreando agua por todas partes—. ¡Os debo la vida!

—¡Bah!—respondió John, encogiéndose de hombros—. En la pradera es costumbre ayudarse los unos a los otros y defenderse contra los enemigos de dos o de cuatro patas. ¿Sois un buscador de oro? Al menos, vuestro traje lo indica, ya que no vuestro rostro.

—Lo habéis adivinado, señor—dijo el desconocido con voz gutural—. Me dedico a descubrir minas de oro.

—Que nunca se explotan—dijo el *indian-agent* con ironía—. Es verdad que la pradera acoge en su seno aventureros de toda especie.

El *gambusino* hizo un gesto de indiferencia, y por un instante sus ojos se fijaron en la india, sentada siempre detrás de John en las anchas ancas del caballo.

De sus miradas se escapó un mutuo relámpago, que no pudo ser sorprendido por nuestros amigos.

Minnehaha pudo, además, dirigir una sonrisa al desconocido.

—¿De dónde venís?—le preguntó John.

—De la montaña—respondió el *gambusino*.

—¿Del Laramie?

—Sí, señor.

—¿Y no os han hostilizado los *sioux*?

—No es cosa fácil sorprender a un *gambusino*

que conoce los más peligrosos pasos de la montaña y de la pradera. Por eso he escapado de su tenaz persecución. Apostaría mi cabellera contra vuestro caballo a que formáis parte del grupo de voluntarios de la frontera que el coronel Devandel tenía colocado a la salida de la garganta del *Funeral* para impedir a los indios descender a la pradera. ¿Me engaño?

—No—respondió el *indian-agent*—. Pero me admira cómo, sabiendo que los americanos nos encontrábamos allí, habéis pasado de largo sin ofrecer al coronel vuestro rifle.

—Pues por mi color, que hubiera podido hacerme aparecer ante los voluntarios como un indio, y me hubieran mandado a gozar del Grande Espíritu.

—Tenéis razón: cuando una bala se escapa, no se sabe adónde va a parar. ¿Y adónde vais ahora?

—Pues huyendo ante la insurrección de los indios.

—¿Sin dirección determinada?

—Ninguna. Sólo trato de salvar la cabellera. Y vosotros, ¿adónde váis, si se puede saber?

—A Kampa—respondió John—. Tratamos de unirnos al primer correo que salga para el Lago Salado. También nosotros somos fugitivos.

El *gambusino* le miró, sonriendo irónicamente.

—¡Soldados fugitivos!—dijo en seguida—. ¡Decid más bien que estáis encargados de alguna importante misión!

—Puede ser—respondió el *indian-agent*—. ¿Queréis venir con nosotros?

—Con mucho gusto, si no os molesta.

—¿Habéis visto alguna columna india por estos sitios?

—Ninguna: yo creo que los *chayennes* y los *arrapahoes* no se moverán hasta que se les incorporen los *sioux*. Sin embargo, puede ser que alguna columna ande por la pradera.

—¿Os habéis repuesto ya del susto?

—No he pasado ninguno—respondió el *gambusino*, que de cuando en cuando cambiaba rapidísimas miradas con Minnehaha.

(Continuará en el próximo número).





# COLORÍN Y SU PANDILLA





E. Salgari

# El bosa de las cavernas

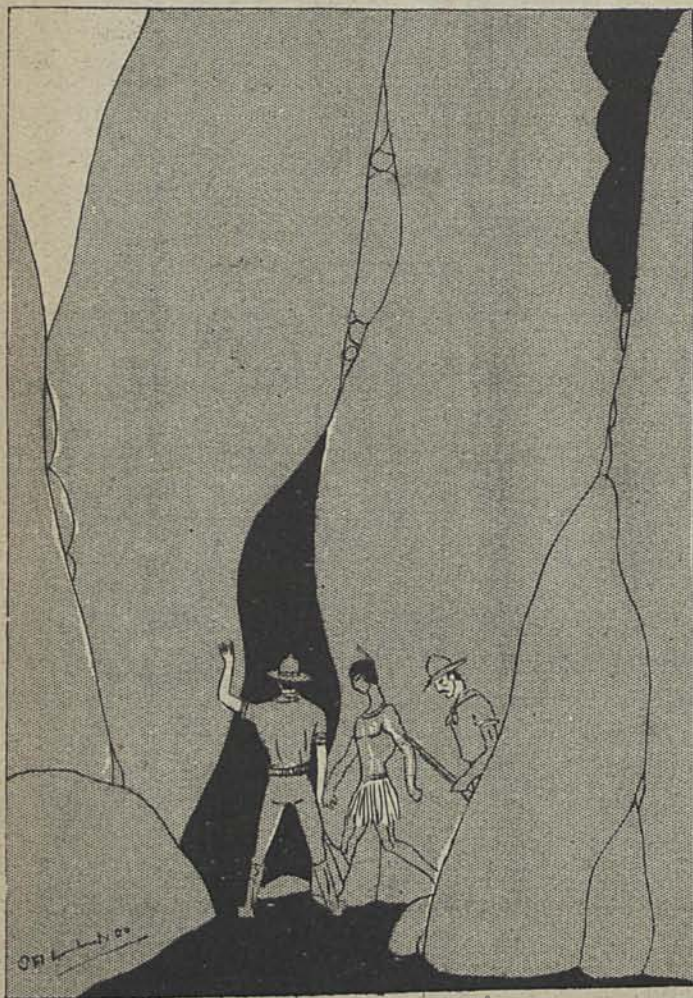
(Continuación)

Ai llegar a lo alto de las rocas el plantador se detuvo presa de un terror tan enorme que en aquel instante no fué capaz ni de empuñar su fusil.

Una horrible serpiente de unos veinticinco metros de longitud o quizá más, toda ella negra con el cuerpo cubierto de espesas escamas aún recubiertas del fango por entre el cual había pasado, salía de una de aquellas bocas sacando el cuerpo más allá de la orilla del río que por aquel lugar tenía rápida corriente.

En medio del río había una canoa hecha con un tronco de árbol ahuecado dentro de la cual se veía a una mujer india, aún joven que estrechaba fuertemente contra su seno a un niño y gritaba desesperadamente llamando:

—¡Jacol! ¡Jacol!



Probablemente aquel era el nombre de su marido.

El espantoso reptil la había descubierto y se deslizaba hacia ella con la boca desencajada agitando la bifida lengua y silbando.

Inmovilizada la india por el terror no se atrevía a retirarse con la barca. Sólo tenía fuerzas para estrechar contra su pecho al niño creyendo que de aquel modo le salvaría.

Viendo aparecer al plantador y al capataz tendió hacia ellos sus brazos mostrándoles al pequeño y les gritó con vez desgarrada por el terror:

—¡Hombres blancos, socorredme!

Sonaron dos disparos uno tras otro, más ya fué demasiado tarde.

El enorme reptil había hecho presa ya en la mujer y su hijo y con una rapidez increíble se internó en la negra abertura desapareciendo de la vista de los dos cazadores.

Durante algunos instantes se oyeron aún los gritos de la pobre mujer, y poco después todo quedó en profundo silencio. Los mismos perros habían callado también.

—¡Es ya mujer perdida!—exclamó el plantador con gesto desesperado—. Hemos llegado demasiado tarde.

En aquel momento vieron un indio que armado con una hoz descendía por el precipicio hacia la orilla.

—¿Y mi mujer...? ¿y mi hijo?—exclamó deteniéndose ante el plantador—. ¡Maldita serpiente! ¡Bien sabía yo que debía hallarse por aquí! Yo vengaré a mi mujer y a mi hijo o dejaré de ser el jefe de mi tribu.

Tras aquel desahogo recobró en seguida la impasibilidad característica de todos los hombres de la raza roja.

Las grandes emociones no hacen mucho tiempo presa en los indios, bi'n pertenezcan a las tribus belicosas y feroces de América Septentrional o bien a los indolentes y salvajes de América del Sur.

Pasado el primer instante de sorpresa o de cólera tornan otra vez a la indiferencia e impasibilidad que tenían diez minutos antes.

El plantador como ya había tenido mucho trato con los indios no se extrañó de la súbita calma de aquel piel roja.

—¿Qué piensas hacer ya, si el *giloia* ha devorado ya a tu familia?—le dijo.

—Vengar a mi mujer y a mi hijo—dijo Jaco, cuyos ojos negros fulguraron con un relámpago feroz.

—¿Has matado alguna vez un *giloia*?

—Yo no, porque esas serpientes son raras. Pero he sabido que el año pasado mi compadre el jefe de los *ottomachi*, sorprendió uno cerca de una caverna y lo mató, y Jaco que no es poltrón ni miedoso ¿por qué no va a poder hacer otro tanto?

—El monstruo no va a dejarse sorprender tan fácilmente—dijo el capataz—. Sabiendo que estamos aquí se mantendrá en guardia y cuando haya terminado de devorar su presa se aprestará a la lucha.

—Las serpientes duermen de noche—contestó el indio—y el sol se pondrá dentro de poco.

—¿Conoces bien esa caverna?—preguntó el señor Herrera.

—La he recorrido varias veces para buscar unas piedras verdes que usamos como amuleto contra las flechas de los enemigos.

—Pues si matas a ese monstruo te regalaré un fusil.

No hacía falta nada más para seducir a un indio. Además, quería vengarse de la muerte de su mujer y su hijo no tanto





por el dolor que le produjese la pérdida de su familia, pues no hacen estos indios gran caso de ella, como por el innato espíritu de venganza que domina entre aquellos hombres primitivos.

—Yo mataré al *giloia*—dijo con voz tranquila—. Esperadme aquí. Saltó de nuevo a la orilla y media hora después volvía con una brazada de ramas resinosas que habían de servirles de antorchas y su cerbatana, una especie de tubo de madera algo ancho en su base y estrecho en el otro extremo, de la cual se sirven para lanzar sus flechas cuyas puntas impregnan con el venenosísimo *curaro*.

Soplando con fuerza en estos tubos logran lanzar sus flechas a una distancia de cincuenta metros y tan hábiles son en su manejo que matan al vuelo, sin que les falle el tiro, a los pajarillos más diminutos.

—Cuando quieran los hombres blancos—dijo después de haber distribuido sus armas.

El sol iba a ocultarse ya tras el horizonte limitado del bosque y la noche avanzaba rapidísima.

Los pajarillos huían y comenzaban a hacer sus salidas los gigantes murciélagos, los peligrosos vampiros que se nutren de sangre y que atacan a los hombres o animales que logran sorprender dormidos en el bosque o en las márgenes del río.

El plantador, el capataz y el indio, con los perros, saltaron a la orilla y se detuvieron ante la abertura por la cual había huido el colosal reptil.

Temiendo que estuviese cerca de la entrada introdujeron a prevención una antorcha encendida agitándola en todas direcciones.

Como no oyeron ningún rumor ni silbido los tres hombres se aventuraron a penetrar cautamente en la caverna y avanzaron con los fusiles y la cerbatana dispuestos a disparar.

—Debe haberse refugiado en la caverna última—dijo el indio—Allí existe una galería inmensa donde el *giloia* se recoge seguro de no ser jamás molestado. Hay además en ella un pequeño lago que debe ser bastante profundo y en él podría también esconderse el reptil, pues le agrada mucho el agua.

—¡Qué valiente es este indio!—dijo el plantador al capataz.

—En cambio yo, patrón, hasta que no vea el cielo no me dejarán de temblar las piernas.

—Los perros van delante de nosotros y nos advertirán del peligro.

Los perros, en efecto, marchaban delante de los cazadores, más al parecer no mostraban tener mucha prisa por descubrir al terrible boa de las cavernas.

De vez en cuando se detenían y volvían la cabeza hacia su amo como preguntándole si no hubiera sido mejor renunciar a aquella empresa que no parecía ser muy de su agrado.

La caverna se extendía de un modo desmesurado. Salas inmensas adornadas de bellísimas estalactitas se sucedían, una tras otra con cavidades laterales donde era imposible saber si se hallaba refugiado el monstruo.

El indio, como si estuviese plenamente convencido de su acierto y buena estrella, no dudaba jamás. Avanzaba siempre bajo aquellas bóvedas llevando en alto la antorcha cuya llama rojiza se agitaba ondulante como si de rendijas invisibles penetrasen fuertes corrientes de aire.

Habían atravesado ya cuatro de las cavernas cuando Jaco se detuvo agachándose hacia el suelo y manifestando una improvisa agitación.

—¿Ves al *giloia*?—preguntó el plantador.

El indio en tanto volvió a levantarse y le enseñó una cosa ondulante que negreaba en su mano.

—Son los cabellos de mi mujer—, dijo con voz enronquecida —El *giloia* los ha vomitado.

Después agregó con cierta satisfacción:

—Son largos y negros y harán un bonito adorno en mi escudo de guerra.

—¡Qué raza de hombres!—dijo el plantador—. ¡No tienen ni una miaja de corazón!

Jaco se colgó del cinturón la cabellera aún impregnada de sangre y de baba y reanudó la marcha. Había soltado la cerbatana y empuñaba su segur de guerra arma mucho más segura y mejor para atacar a un reptil de esa naturaleza.

Atravesaron otras cuatro cavernas, una más larga que las otras y tras ellas una galería llegando a orillas de un amplio estanque casi circular de aguas negruzcas.

Iban ya a circundarlo cuando una impetuosa ráfaga de viento que procedía de una galería lateral apagó de improviso sus antorchas dejándoles en la obscuridad más completa.

—(Continuad.)







# DE COMO PASAN EL RATO CURRINCHE Y D. TURULATO

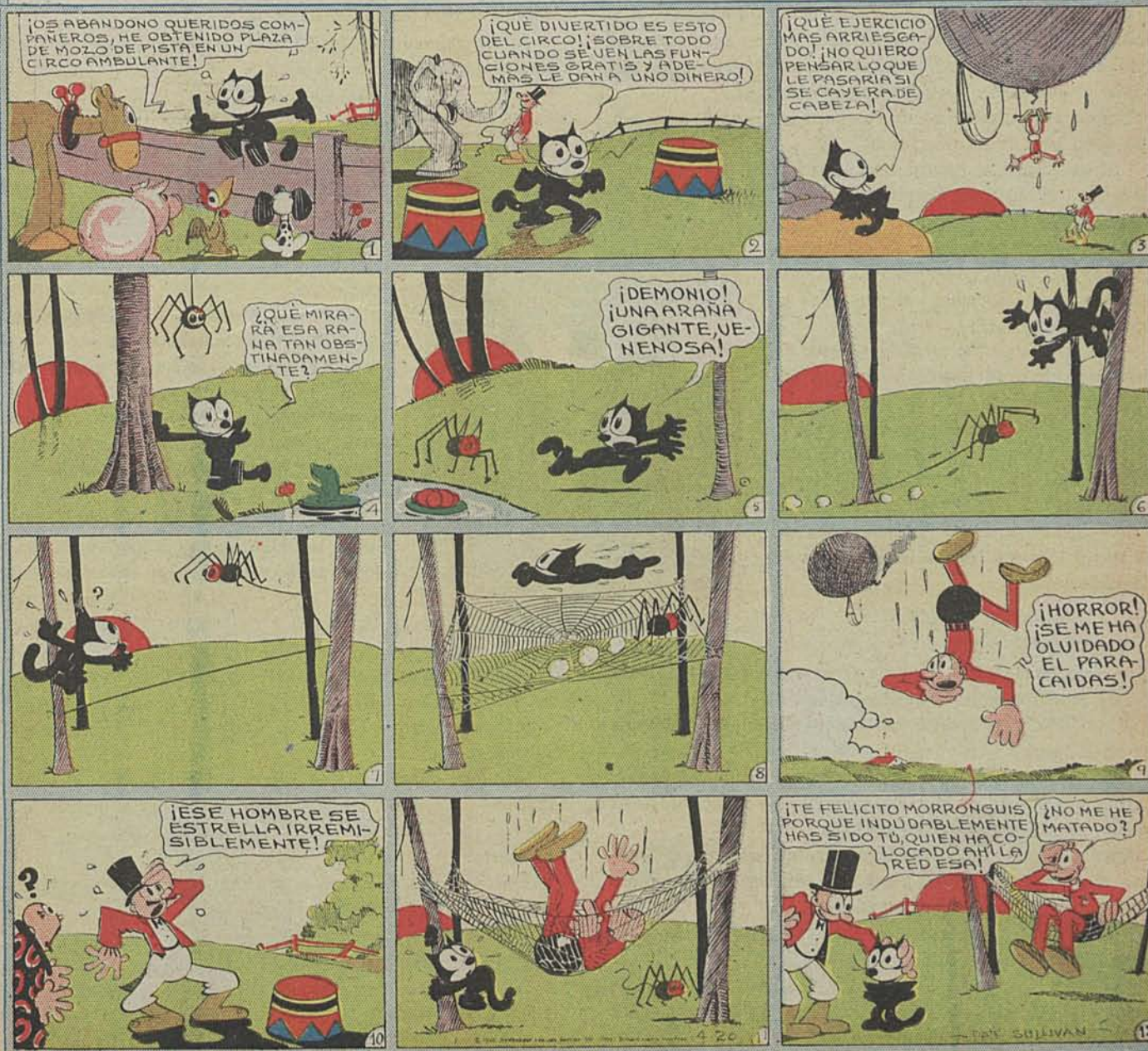




**LAURA**  
LA  
COTORRA  
INDISCRETA



**PACO MORRONGUIS, EL GATO TRAVIESO**





# CUENTOS DE CALLEJA

## MEDICINA PRODIGIOSA

Castillo



N pobre pescador echó sus redes en cierta ocasión, sin que lograra sacar ni el más pequeño pececillo.

—¡Mal se presenta el día!—exclamó—. A fe de Pedro, que si esta vez no saco nada me tiro al mar para pescar a bocados esos peces del diantre, que saben ya hasta latín, y no hay quien los engañe.

Tiró de nuevo la red, y esta vez sacó un magnífico besugo, que daba unos gritos aterradoros.

Perico quiso, al pronto, tirar la red y el pescado al agua; pero, repuesto del susto, preguntó:

—¿Conque tanto te duele salir del agua, señor besugo? Pues no tengas cuidado, que no estarás en seco mucho tiempo. Voy a ponerte a la vinagreta.

—Mi hermosura me pierde—exclamó el besugo—; pero sé bueno, y échame de nuevo al agua.

—Vaya, vaya. ¿Conque esas tenemos? ¿Conque eres un pecesito hablador? Pues ya verás qué discurso me vas a echar en el estómago.

—Si me sueltas te daré cuanto quieras; no tienes más que acercarte a la orilla y llamarme diciendo:

Besuguito, besuguito,  
una cosa necesito.

En seguida me verás aparecer y concederte cuanto pidieres. Y para prueba toma esta moneda de oro.

Y abriendo la boca, dejó caer sobre la mano de Pedro una de cinco duros.

—Se conoce—dijo el pescador asombrado—que tienes en la barriga una fábrica de moneda; pero no soy ambicioso. Vete, bendito de Dios, y hasta la vista.

Apenas hubo soltado al besugo púsose la mar fosforescente, y una voz lejana dió las gracias al pescador, que se retiró a su casa muy contento con su moneda.

¡Buena pesca has hecho hoy!—dijo la mujer en cuanto vio los cinco duros.

Mas apenas se hubo enterado de lo ocurrido, insultó a su esposo porque, teniendo cogido un besugo tan maravilloso, se se había contentado con una moneda.

—Eres un imbécil—le decía—. Si le cojo yo, no dinero, sino hasta los hígados le saco. Pero, en fin, ve mañana mismo a pedirle que mejore nuestra situación, porque una mujer de mi mérito no está bien en una cabaña.

Al día siguiente el dócil Pedro, aunque de mala gana, se acercó a la orilla del mar y dijo:

—Besuguito, besuguito,  
una cosa necesito.

Se puso el mar tan blanco que parecía de leche, y asomó el besugo la cabeza, preguntando:

—¿Qué se te ofrece, Perico?

—Mi mujer, que quiere una buena casa con su corral y sus gallinitas.

—Pues vuélvete, que ya lo tienes concedido.

Pedro se rascó una oreja como en señal de duda, y dijo para sus adentros:

—Este pecesito me engaña; pero yo no me chupo el dedo.

Su sorpresa fué grande al encontrarse, en lugar de su choza medio derruida, una blanca casita con su corral y todo lo que había pedido al besugo.

Al pronto estuvo la mujer contenta; pero al ver la facilidad con que había concedido lo primero, pensó que se había quedado corta, y por eso al día siguiente hizo que su marido pidiera al besugo un soberbio palacio.

—Mujer, no seas ambiciosa—dijo Pedro—. ¿Qué vamos a hacer en un palacio nosotros, que casi no sabemos ni hablar?

—Es que además quiero ser condesa; y si no vas ahora mismo, te araño.

—Se hará todo lo que tú quieras—dijo resignado el pobre marido—. Le pediré al besugo el condado y el palacio de mármol con toda la servidumbre necesaria, y algo más, si se te ocurre.

Y diciendo esto, se fué a la orilla del mar, desde donde llamó al pez, diciendo:

—Besuguito, besuguito,  
una cosa necesito.

Oscurecieron las aguas, que tomaron un color azul prusia, y apareció el besugo, preguntando:

—¿Qué quieres, Perico?







—Mi mujer quiere ser condesa y tener un palacio de mármol.

—Ya es condesa de Bacaló y tiene el palacio de mármol.

Esta vez no se rascó la oreja Pedro, porque sabía que el besugo era un pez de palabra, y así, no le sorprendió ver el palacio de ricos mármoles, y a su mujer vestida de condesa y rodeada de doncellas.

—Ya estarás contenta—le dijo el pobre hombre.

—No sé qué te diga—contestó la mujer—; pero puestos a pedir, debíamos haberle pedido un reino. De manera que mañana muy temprano le dices que estoy cansada de ser condesa de Bacaló, y que quiero ser Reina de cualquiera parte. Y si pudiera ser Emperatriz, mejor.

—Pero, mujer, ¿no ves que eso es un abuso, y que el besugo me va a mandar al cuerno? ¡No seas tan ambiciosa!

—Siempre serás un camuesol Emperatriz ahora mismo, o te saco los ojos.

Volvió el pescador a la orilla del mar de muy mala gana, y después de llamar al besugo, le pidió que hiciera a su mujer Emperatriz.

—Ya lo es—le dijo el pez con tristeza.

Al volver Pedro a su casa, la vió convertida en un soberbio castillo rodeado de tropas.

Cientos de pajes galopaban sobre magníficos corceles, y en la sala del trono, bajo el dosel imperial, estaba sentada en un sillón de oro macizo la mujer del pescador, rodeada de corte numerosa.

—Supongo que ya serás feliz—dijo el desdichado.

—No lo creas—respondió su mujer—, porque me han dicho que no mando en el sol y en las estrellas, y yo quiero mandar.

—Eso es querer ser como Dios—exclamó Pedro—, y sólo el pedirlo es un gravísimo pecado.

—O lo pides, o ahora mismo mando que te degüellen, Emperador consorte.

El mar rugía de un modo extraordinario cuando llegó Pedro.

Negras montañas de agua avanzaban sobre la costa, amenazando destrozarla.

El cielo cubierto de nubes, despedía vivísimos relámpagos, y cientos de exhalaciones brotaban del seno de aquella furiosa tempestad.

Con voz tímida llamó Pedro al besugo; pero

éste no le dejó hacer la petición, diciéndole:

—Sé lo que vas a pedirme, y tu mujer, por ambiciosa, merece ejemplar castigo. No se contentó con ser Emperatriz; pues volverá a su choza, y será su martirio el recuerdo de lo que fué y ha perdido por su culpa. En cuanto a tí, voy a hacerte un regalo para que vivas dichoso.

Al decir esto, escupió sobre la orilla un objeto largo, y despidiéndose del pescador, desapareció.

Acercóse Pedro a recoger el regalo, viendo con sorpresa que era un garrote con bastantes nudos, en cuyo puño se leía:

«Remedio contra los deseos importunos.»

Volvióse Pedro pensativo a su domicilio, encontrando de nuevo su choza, y en ella a su mujer llorando a lágrima viva.

—¡Infame!—gritaba—. ¿Qué has hecho para volverme a esta triste situación? Pídele al besugo que me haga siquiera Reina.

No bien hubo acabado de decirlo, saltó el garrote de la mano de Pedro, y comenzó a darla tantos y tan fieros estacazos, que

ella gritaba:

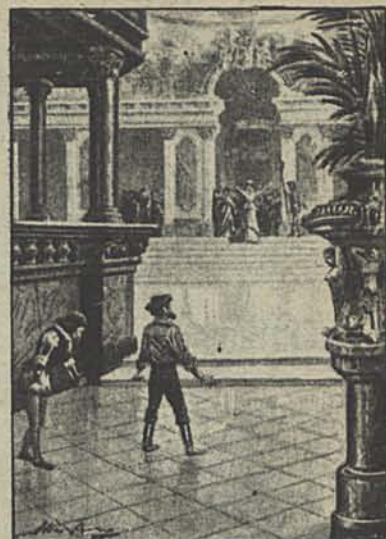
—¡Reina, no; condesa, condesa!

—Pero el palo seguía menudeando los porrazos, hasta que la ambiciosa se contentó con la cabaña. Entonces volvió el palo a la mano de Pedro.

Después de curarse los cardenales, decía la mujer, mirando el garrote con recelo:

—¡Carape, si le llego a pedir ser Emperatriz, no quedo para contarlo!

La ambición que no se funda en nobles procedimientos es causa de la ruina de los ambiciosos. El que se conforma con su suerte es el que encuentra en la tierra la verdadera felicidad.







# ¿QUÉ QUIERE SABER HOY?



—Ya me tienes aquí otra vez, amigo Chonón ¿De qué quieres que hablemos hoy?

—De lo que a ti mejor te parezca, mi querido buho.

—¿Has oído hablar de los tapires de Asia?

—No.

—¿Quieres que hablemos de ellos?

—Ya te he dicho que de lo que a ti te parezca.

—Los tapires son unos raros animales que parecen representar a especies prehistóricas ya desaparecidas casi totalmente. Antes se hallaban ejemplares de esta especie en casi todas las regiones del globo pero hoy día sólo se les encuentra en dos países bastante alejados el uno del otro. Son estos la América del Sur y la Indomalasia. De estas dos especies la más curiosa es la asiática.

—Háblame pues de ella.

—Se distinguen a simple vista los tapires americanos de los asiáticos en que éstos presentan en su pelaje una coloración negra surcada por caprichosas líneas blancas que dan un aspecto decorativo al animal.

—Algo así como las cebras ¿no es eso?

—Algo parecido. Pero en las cebras los dibujos son de una simetría casi geométrica, y en los tapires no existe tanta regularidad. Además, la curiosa particularidad de este pelaje del tapir es que cuando el animal nace se dibujan en el pelo unas ligeras bandas blancas, que van ensanchándose a medida que el animal crece y a fuerza de ensanchar llegan a confundirse unas con otras acabando por formar una masa blanca que cubre toda la espalda pero, en cambio, los costados y el vientre se quedan cubiertos de pelo negro.

—Parecerá que el tapir lleva sobre su espalda una manta blanca ¿no es eso?

—Exactamente esa es la impresión que se recibe.

—¿Y a qué crees tú que puede atribuirse este curioso fenómeno.

—A una ley de evolución que se observa en todas las especies animales. El clima, la alimentación, el medio ambiente, influyen de modo que no deja lugar a duda, en la coloración de la piel y del pelo. Y esto ocurre con el tapir. Las dos actuales especies proceden de una sola y al dividirse en dos grupos, los americanos y los asiáticos,

han conservado las características de su origen pero modificadas por el medio ambiente.

—¿Y tú crees que este animal representa a especies prehistóricas ya casi desaparecidas?

Indudablemente. El tiempo ha ido operando en los tapires transformaciones de configuración apropiada a la actualidad. Pero no cabe duda que en sus primitivos tiempos necesitaron alimentarse de los frutos que dan los árboles.

—¿Por qué sacas esa consecuencia?

—Por su hocico alargado que deja adivinar que antes, hace muchos siglos, debió de ser una trompa larga, como la de los elefantes. También les reportaba utilidad dicha trompa para atrapar las plantas acuáticas desde tierra. Hoy, la más curiosa transformación operada en ellos es la de que careciendo de tal trompa se sumergen en el agua y hánse convertido en anfibios pudiendo permanecer bastante tiempo sumergidos.

Un detalle muy curioso. A pesar de vivir gran parte de tiempo en el agua no saben nadar y andan por el fondo con la misma tranquilidad que si lo hicieran en tierra seca. De cuando en cuando salen al aire para respirar.

—¿Son agresivos los tapires?

—Absolutamente nada. Al contrario son muy tranquilos y dóciles, y es fácil atraparlos, lo cual hace temer que pronto desaparezca

por completo tan curiosa especie de animales.

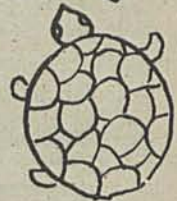
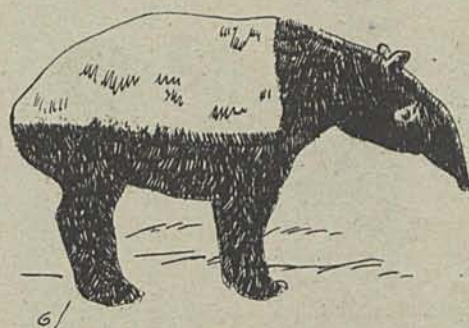
—¿Es comestible su carne?

—Es exquisita y la piel, sobre todo, es muy buscada porque se aprovecha para la fabricación de maletas, por su gran resistencia. El pelo es también aprovechable para fabricar brochas y cepillos de excelente calidad.

Los negros de Malasia obtienen de la parte cornea de las uñas unas cenizas que mezcladas con vinagre sirven, según ellos, para cicatrizar las heridas producidas por quemaduras.

En la época prehistórica los tapires alcanzaron más del triple del tamaño que ahora tienen como se ha demostrado por el hallazgo de esqueletos de estos animales en las capas terrestres de la edad de piedra.

En un museo de Calcuta se conserva un cráneo de tapir que es el de mayor tamaño conocido pues mide cerca de un metro de largo.





# COLABORACIÓN PINOCHISTA

## DEL MES DE AGOSTO

Todos los Pinochistas pueden enviarnos dibujos e historietas para publicarlos en esta sección; pero es condición indispensable que cada trabajo venga acompañado de su cupón correspondiente. Todos los meses se conceden importantes premios a los mejores trabajos publicados.



La fragata «Resolución»  
J. García-Parreño



Perfil.—T. P. R.



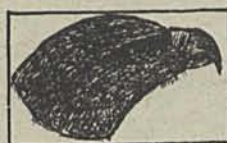
Mi lecheria  
Agustina Pardo



Un pato.—Evaristo José



Pierrot  
M. L. García



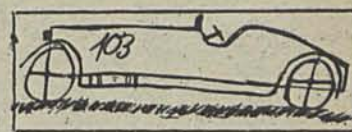
Cabeza de águila  
Alberto Latorre



El «Meteoro» en el desierto  
Guillermo Urialte



Un doctor  
Rafael Melero



Mi auto.—Eugenio



Un águila  
Carmen Allí



Pelusillo y el petiragillo  
Carmen Allí



Piando  
M.ª Luisa García



Pirula  
M.ª de los Angeles Ortiz



Melchor, Gaspar y Baltasar  
Aurorita Castro



La torre de  
Mangana  
J. Algarza



Escena  
Mercedes Olea



Mi elefante «Regadera»  
J. Pérez



Mi celen-  
dario  
M.ª Rodríguez



«Miss España»  
Carmen Arriola



Don Turu  
Alberto Rubio



Un rascacielos  
R. Pillado



Busto  
M.ª Luisa García



Metálica  
J. R. Lillo



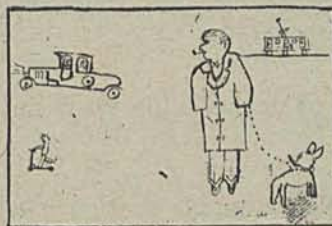
Pezufita  
M.ª T. Martín



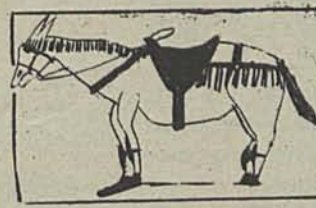
Pinocho  
Maruja García



Don Turu  
R. Moreno



Escenita.—María Uloe Donald



Mi caballo.—Emilio Terán



Mi muñeca  
Carmen Allí



Un tulipán  
C. Allí



Morrunguis  
Rafael Garrido



Mi primo  
G. L. S.



Casa  
M.ª Luisa García



Un gallo  
Purita Hergueta



Un centurión romano  
C. Cartas



El «Graf Zeppelin»  
S. F.



# CONCURSO DE PROBLEMAS Y PASATIEMPOS DEL MES DE AGOSTO

(Pueden tomar parte en este CONCURSO todos los Pinochistas. El Jurado adjudicará los premios y accésits con diploma entre los Pinochistas que nos remitan mayor y mejor número de soluciones.)

## LOS DOS ELEFANTES Y EL RINOCERONTE



Dos elefantes  
y un rinoceron-  
te, andaban por  
un país extraño...

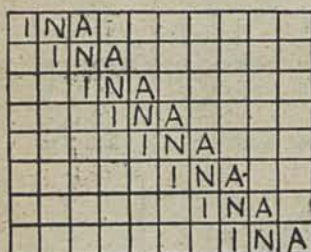
Además de  
extraño era tro-  
pical...

De repente se  
encontraron con  
un león...

Y, rápidamen-  
te, los dos ele-  
fantes y el rino-  
ceronte se ocul-  
taron de la vista  
del rey de la  
selva...

¿Podréis en-  
contrarlos vos-  
otros?

## EL CUADRADO FATAL



Hay que sustituir los cua-  
drados en blanco por letras  
de manera que formen pala-  
bras que signifiquen:

1. Falto de armonía.
2. Banquero.
3. Las mujeres que peinan.
4. Los que no son finos.
5. Las notas que se ponen al margen.
6. Lo que no está a tono.
7. Primitivo.
8. Instrumento de música.

¡Cuidado que se ven cosas extra-  
ñas en el mundo!

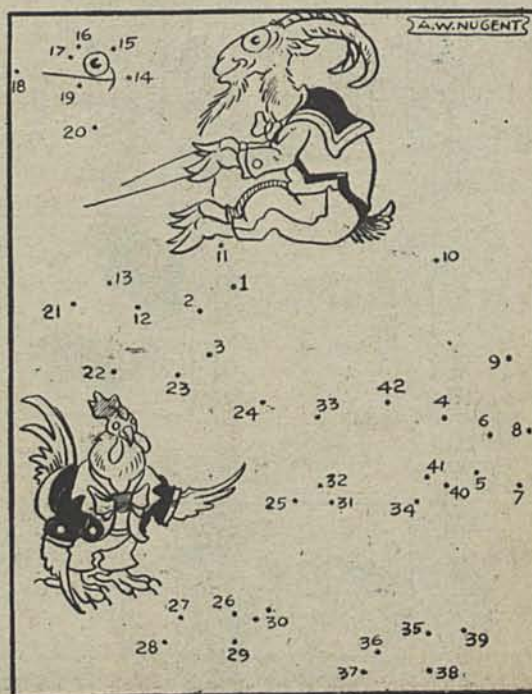
¿A santo de qué, por qué causa,  
por qué motivo irá ese simpático  
chivo por el aire?

Pero no os devanéis los sesos sin  
necesidad.

Fácilmente se puede averiguar lo  
que hace en tan difícil postura.

Para ello no tenéis más que—lo  
que ya sabéis—coger un lápiz y unir  
los números por líneas siguiendo el  
correspondiente orden...

## OTRO EXTRAÑO ANIMAL





# ANITA

## BUEN- CORAZON





# Sección Pirula

CUENTOS DE PIRULA

## LA PERITA EN DULCE



— ¡Mamá, una perita en dulce! — suplicó Guicha.  
— Por Dios ¡Guicha! tu estás loca exclamó mamá sofocadísima.  
Y añadió, dirigiéndose a toda la mesa:

— Asusta pensar lo que hoy ha comido esta criatura y no será porque no acostumbre a comer con exceso; pero lo que es hoy pasado la raya. Que si pasteles, que si bombones, que si dulces, que si chocolate con bizcochos. ¡Y todavía pide más!

Pero Guicha seguía suplicando con el tono lastimero de una pobre mendiga que lleva ocho días sin probar bocado:

— ¡Nada más que una perita en dulce, mamina! ¡Esa chiquitina que tiene mucha azúcar y el rabito tan mono!

¿Existe un medio humano de negar una cosa cuando se pide así, con una voz tan dulce y unos ojos tan suplicantes y cuando quien lo pide es Guicha en el día de su santo? Mamá, por lo menos no conocía ese medio, y, después de elevar al techo una mirada desesperada, otorgó la perita con rabito y todo.

Al levantarse de la mesa ¡vergüenza me da confesarlo! Guicha se sentía algo pesadota; se fué a la cama y se durmió sin tener ni el valor de volver a pasar revista por vigésima vez, a los regalos recibidos durante aquel día memorable.

No bien llevaba unos minutos dormida, cuando oyó una voccecita que la llamaba muy quedo: «¡Guicha! ¡Guicha!» Al pronto creyó que sería Nena, su hermanita que habría bajado de su cuna para comunicarle que «tenía miedo», que «estaba muy oscuro el cuarto», que que «había oído un ruido raro» o cualquier tontería de esas que se les ocurren a las niñas de seis años y de las cuales son incapaces las señoritas de nueve.

Pero no era Nena, y Guicha quedó asombrada al ver sobre su cama una aparición sorprendente: era una señorita del tamaño de un dedo meñique y de lo más singular del mundo; su hermosa cabellera rubia estaba hecha de huevo hilado, sus lindos ojos oscuros eran dos bombones de chocolate, una cereza su boquita roja, dos helados de fresa sus sonrosadas mejillas, piñoncitos en azúcar sus dientes, y un grano de anís en dulce, su naricilla respingona. En sus manos de carne de membrillo, llevaba un cetro formado por un caramelo de los Alpes, con un puño hecho con una almendra de Alcalá; lucía un lujoso manto de mazapán y, sobre la cabeza, un alto gorro formado por un merengue microscópico.

Mientras que Guicha la contemplaba abriendo mucho los ojos... y la boca más todavía, la señorita habló con voz más dulce que una mermelada:

— Soy el hada Golosina y vengo a buscarte para llevarte a mi isla.

Guicha no tenía muchas ganas de dejar su camita tibia para irse a ninguna isla; pero el hada no le pidió su opinión; le tocó con su varita; Guicha cerró los ojos y cuando los abrió, se encontró en compañía del hada en un lugar maravilloso.

Solamente si alguna de vosotras ha hecho un viaje a Jauja, podrá imaginarse lo bella y, sobre todo, lo sabrosa que resultaba la isla de la Golosina. Guicha se disponía regalarse los ojos antes de regalarse el paladar, pero su compañera no le dejó tiempo para ello.

— No te he traído aquí para pasar el rato — dijo — sino para someterte a una prueba importante. Puedes recorrer la isla en todos los sentidos, mirar y admirar todas las maravillas que encierra, pero te prohíbo terminantemente tocar nada. Te voy a dar el único alimento que te corresponde comer aquí. Cuando lo comas, será sustituido en tu mano por otro idéntico. Yo me voy; si me desobedeces, serás apresada por mis súbditos y juzgada por mi hermana que gobierna la isla en mi ausencia.

Le puso algo en la mano y desapareció; Guicha miró llena de curiosidad. Aquel alimento encantado debía de ser algún dulce de un sabor exquisito. Quedó aterrada: el regalo del hada consistía en un pedazo de pan duro. El primer movimiento de Guicha fué de rabia; luego, sintió la tentación de desobedecer. ¿Estar rodeada de los más dulces y apetitosos manjares y conformarse con pan duro? Ni que

fuera tonta! Por último, sintió miedo. ¡Incurrir en el castigo de la soberana Interina era tan expuesto!

No tenía hambre todavía, y se dedicó a recorrer la isla; como ella no había estado nunca en Jauja (lo mismo le sucede a muchísima gente) quedó estupefacta. Los árboles eran de chocolate y sus frutas estaban escarchadas; las casas eran de turrónes diversos, las más modestas de turrón de coco o de Jijona, las más lujosas de turrón de Cádiz o de frutas; los ríos eran de natillas y el empedrado de caramelo; las fuentes arrojaban almibar, y los monumentos públicos eran de Chantilly. A la vista de tan buenas cosas, a Guicha le entró un apetito canibalesco; en aquel momento se hallaba junto a un poste de telégrafos de mazapán y poco faltó para que le hincase el diente; se detuvo a tiempo y siguió andando.

Ante un estanque de chocolate, rodeado de árboles de los cuales, a modo de frutas, colgaban azucarillos, ensaimadas y bizcochos; la suave fragancia a canela agudizó el apetito de Guicha; miró su pan duro con rabia y desesperación; ¡si al menos lo hubiera podido mojar en el estanque! Pero no se atrevió; con un suspiro capaz de partir una casa de turrón de Alicante, se comió el pan miga a miga; al punto, apareció en su mano otro pedazo de pan idéntico al primero. Rendida por tantas emociones, Guicha se sentó al pie de un árbol y se quedó dormida. Cuando se despertó, aunque solo habían transcurrido unos minutos...

Bueno, para nosotras, como si hubiera estado durmiendo ocho días, pues hasta el domingo que viene no sabremos lo que le pasó cuando abrió los ojos.

